

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIX

Agosto de 1942

Núm. 206

Puntos de vista

La guerra en América

EL estado de guerra del Brasil con las potencias del Eje, Alemania e Italia, plantea para América, para nuestra América, un terrible problema de seguridad y de defensa. Si ya las potencias nombradas pudieron prescindir, en lo que respecta a países de este hemisferio, de toda noción de humanidad, hundiendo barcos mercantes en sus costas, puede decirse que no existe seguridad de ninguna especie para el resto de los pueblos que tienen sus riberas en los mares ahora sorpresivos de América.

El gran ideal habría sido que todos los países que forman en la tradición hispana hubieran permanecido ajenos al conflicto en su aspecto bélico. Espiritualmente América es un continente de libertad y de democracia, a pesar de los brotes tiránicos que han solido reventar en sus ramajes políticos. Pero ello no ha constituido la regla sino la excepción. Siempre la línea democrática ha terminado por recobrar su imperio de justicia y de respeto a la persona humana. América tenía su rol, ya tantas veces proclamado no sólo por sus hombres más ilustres sino por sus órganos más importantes de publicidad. El papel de América hispana era y es—si no hay nuevas y dolorosas repercusiones—el de guardadora de las tradiciones de cultura y de libertad. En estas tierras promisoras debía asilarse todo lo que la historia y la civilización, el esfuerzo, y la voluntad de sus pobladores había mantenido y vigorizado y creado a lo largo de más de un siglo de vida inde-

pendiente. Cuando Alberdi hablaba del «crimen de la guerra» lo hacía en nombre de esas grandes verdades que son las que forman el fundamento de las naciones aliadas entre sí, en un común propósito de vigilancia de la cultura y de la civilización.

Pero Europa espoleada por sus disputas fronterizas y por sus ímpetus de hegemonía, ha cedido una vez más al demonio de la destrucción y ha comprometido en una sola carta el patrimonio de siglos de esfuerzo y de inteligencia del hombre. Ha cedido a la presión diabólica de los nuevos credos oportunistas que hoy la dominan y la destruyen, y ha querido a su vez comprometer el único resto del mundo en el cual aun la paz no era una vana palabra sino una realidad ideal de superior contenido. Y he aquí que América se encuentra al borde de la más horrenda de sus crisis.

Cuando América es todavía una esperanza para la humanidad agotada y cruzada de odios, se la induce a tomar decisiones trascendentales para que entre a la gran hoguera en la cual se consumen pueblos enteros y civilizaciones magníficas. El atroz egoísmo de los pueblos sojuzgados por credos tiránicos, o mejor de los gobiernos impelidos por demenciales propósitos de predominio universal, ha realizado lenta pero seguramente este plan diabólico, de acercar la llama a las costas libres de América libre, a fin de obligarla, por la solidaridad, a mezclarse en el conflicto actual.

Las democracias, tan mal juzgadas y peor comprendidas, están pues al borde de una gran catástrofe. En lugar de continuar desarrollando en la labor pacífica el arte de vencer a la naturaleza y de preparar mejor al hombre para su bienestar, se las quiere adiestrar en el arte de matar y de destruir. Tal es la contradicción siniestra en que ahora se intenta sumergirlas. Porque no otra cosa parece desprenderse de ese acto de guerra inútil y siniestro perpetrado por submarinos del Eje en las costas brasileñas, y que obligó a la República del Brasil a tomar, en resguardo de su honor y de su dignidad nacionales, medidas extremas.

Brasil trabajaba en la paz. Llevaba sus instrumentos pacíficos de industria a las regiones más apartadas de su inmenso te-

territorio. Hombres y máquinas luchaban con la naturaleza hasta dominarla y al dominarla, sin arrasar ciudades o devastar campos, o matar ancianos, y niños, y mujeres, cumplía el gran programa de civilizar y de crear bienestar para sus pobladores y para todos cuantos de otras tierras llegaran a pedir hospitalidad y refugio pacífico. Pero eso parecía ser contrario a la planificación del nuevo orden. Eso no era la civilización ni la cultura. La civilización era lo otro, la guerra, la destrucción, la muerte, el crimen contra la cultura y contra los indefensos. Y he ahí la guerra sobre América. La muerte sobre América, el horror sobre las vírgenes regiones limpias y dominadas por la libertad y por el honor de los hombres libres.